

Es Difícil Ser Diferente

Jim Long

Si eres cristiano, me entenderás cuando te confieso que a veces desearía que nadie supiera que soy cristiano. Es decir, cuando uno se encuentra en una situación de minoría. Da vergüenza estar en desacuerdo con la mayoría.

Sucedió en mi último año de la escuela secundaria, cuando mi profesor de arte se dio cuenta de que tenía una Biblia, y me puso a la defensiva. En frente de toda la clase hizo un gesto hacia el libro negro y dijo: "Pensaba que Dios estaba muerto".

Tuve que pensar rápido. Aun así, todo lo que vino a mi mente entorpecida fue un comentario sarcástico: "No, él está vivo y en buen estado y vive en la Argentina". Eso no es exactamente lo que la gente de la iglesia llama "testificar".

Creí que me iba a ir mejor en la universidad pública. Pero no mucho. Mi profesor de sociología era un cristiano franco, y él sabía que compartía sus puntos de vista. Sucedió en una de sus clases, durante una discusión acalorada, aunque no recuerdo el motivo de la misma. El hecho fue que honestamente yo no estaba prestando atención al debate. Pero el profesor me trajo bruscamente a la realidad con una pregunta en voz muy alta: "Jim, tú que eres un cristiano de nacimiento, ¿qué piensas de esto?"

No me acuerdo qué fue lo que dije. Me parece que tartamudeé algo razonablemente coherente, pero no estoy seguro. Recuerdo la sensación de calor que me subía por el cuello; estoy seguro de que mi cara estaba tan incandescente como si me hubieran expuesto a alguna fisión nuclear.

Como digo, hay veces cuando desearías que nadie supiera que eres cristiano. Es con alguna inquietud que recuerdo las palabras de Jesús: "Ustedes son la luz del mundo. Una ciudad

en lo alto de un cerro no puede esconderse" (Mateo 5:14, *Dios habla hoy*).

Con el tiempo, me hice más audaz. Era importante para mí compartir mis puntos de vista como cristiano. Probablemente alguna vez oíste la misma analogía que me lanzaron a mí: "Si hubieras descubierto la cura para el cáncer, no podrías guardarte el secreto, ¿verdad?" Y, siguiendo el estilo pastoral, podría continuar: "Bueno, tú has encontrado la cura para el pecado...", etcétera, etcétera.

No, no quería "encender la lámpara y esconderla". La luz, obviamente debe estar afuera, sobre alguna clase de estrado, de modo que "alumbre a todos los que están en la casa" (5:15).

Sabía también —instintivamente, creo— que ser "la luz del mundo" significa más que iluminar a personas con *palabras* cristianas. Se ve la ciudad en la montaña porque es diferente que sus alrededores. Diferente del mismo modo en que la luz contrasta con la

oscuridad. Las dos no son lo mismo. Es más: se oponen.

Entonces, ser cristiano significa más que sostener *ideas* diferentes expresadas en palabras retumbantes. Ser cristiano significa vivir en forma diferente. Ser esencialmente *diferente*.

"Procuren ustedes que su luz brille delante de la gente —insistió Jesús—, para que, viendo el bien que ustedes hacen, todos alaben a su Padre que está en el cielo" (5:16).

"Viendo el bien que ustedes hacen", dijo. No sólo "escuchen sus buenas ideas".

Pero ¿de dónde vienen las buenas obras?

* * * * *

Rosana era muy atractiva. También tenía una personalidad agradable. Era divertida, y resultaba fácil llevarse bien con ella. Todos querían salir con Rosana.

Ambos trabajábamos durante las tardes en la iglesia (mi novia trabajaba allí también), y los tres nos hicimos buenos amigos. Con el tiempo, Rosana no volvió a salir con nadie, y yo me acuerdo bien de la tarde cuando ella nos dijo por qué. Estaba desilusionada, aunque, pensándolo bien, ella puede haber usado la palabra "disgustada".

Rosana no siempre había salido con muchachos cristianos, pero había decidido cambiar. Y fue ahí cuando se chasqueó. Los muchachos cristianos —se quejó ella—, no eran diferentes de "los no cristianos". Hasta había salido con un pastor de jóvenes de otra iglesia (Rosana tenía 19 años); ¡y él no podía sacar sus manos de encima de ella, aún cuando ella protestara!

Los muchachos cristianos *decían* que eran diferentes. Sostenían que tenían *ideas* cristianas, pero estaba frustrada porque era muy difícil ver la diferencia.

Hmmm.



Yo soy la luz del mundo. Pero si me aprovecho de ti, escondo la luz. Si miento, plagio o robo, desconecto la lámpara. Si no puedo controlar mi temperamento, produzco un cortocircuito.

Jesús usó otra analogía.

“Ustedes son la sal de este mundo. Pero si la sal deja de ser salada, ¿cómo podría recobrar su sabor? Ya no sirve para nada, así que se la tira en la calle y la gente la pisotea” (5:13).

Por entonces, la sal no se utilizaba sólo para sazonar, sino también para preservar la comida. Por lo tanto la sal era sumamente importante. Pero si perdía su peculiaridad —su diferencia— también perdía su valor.

Y me pregunto: “Si pretendo ser cristiano y pierdo *mi* identidad —si no soy diferente— ¿no pierdo también mi valor?”

Soy la sal de la tierra.

Soy la luz del mundo.

Se supone que la gente debería ver mis buenas obras.

Hmmm.

Si leíste el Nuevo Testamento, sabrás que Jesús repetidamente frustró a la gente al decirles que la religión no importaba demasiado. O bien, que era buena hasta cierto punto. Pero la religión formal nunca podría ayudarte a alcanzar el cielo. La religión formal nunca te puede conectar con Dios. Puede señalarte la dirección correcta. Podría cerrar la brecha. Pero cuando finalmente extiendes tu mano para tocar la mano de Dios, la distancia podría ser demasiado grande, no importa cuán religioso seas.

“Porque les digo a ustedes —dijo Jesús— que, si no superan a los maestros de la ley y a los fariseos en hacer lo que Dios ha ordenado, nunca entrarán en el reino de Dios” (5:20).

Para ellos los fariseos y los maestros de la ley eran superestrellas religiosas. Eran lo que Michael Jordan es para el baloncesto. Si alguien llegaba al cielo, eran los fariseos. Pero Jesús dijo: “Ustedes tienen que ser mucho mejores que ellos”.

¿Palabras de ánimo?

No precisamente

Recapitulemos.

Tú eres la sal de la tierra.

Tú eres la luz del mundo.

¡Haz brillar tu luz! ¡Muestra tus buenas obras!

Pero debes ser más justo que la gente religiosa.

Ahora, ¿de dónde vienen las buenas obras?

Considera esto: Jesús dice: “No crean que yo he venido a poner fin a la ley de Moisés ni a las enseñanzas de los profetas; no he venido a ponerles fin sino a darles su verdadero significado” (5:17).

Jesús cumplió con la ley y los profetas pues guardó sus preceptos. El era perfecto. También cumplió la ley y los profetas pues era el objeto de todas sus promesas. Esas promesas se referían a él. El mismo era su cumplimiento.

Ahora considera esto:

¿Te parece posible que Jesús cumpla la ley y los profetas incluso en ti? ¿Podría ser que su propósito al morir *por* ti fuera que él pudiera vivir *en* ti?

Es posible que haya momentos en que quisieras que nadie supiese que eres cristiano. Como cuando te sientes solo entre los demás. ¿No somos acaso, generalmente, una minoría entre la gran mayoría de los demás? ¿No tenemos que ser acaso la “minoría visible” y con nuestras ideas iluminar las discusiones sombrías, y con nuestros actos brillar como la luz?

Eres la sal de la tierra, pero Jesús mismo es el aderezo y el elemento conservador.

Eres la luz del mundo, pero Jesús te provee la energía. La luz ya brilla; no tienes que enchufarla ni encenderla. Solamente no la escondas debajo de un cajón.

Jim Long es director de la revista Campus Life (Christianity Today, Inc. Copyright 1992). Usado con permiso.

Cristián

